

Luis Bonavita Fabregat
(Trinidad, 1895 – Montevideo, La Unión 1971). Aportes a su bibliografía
histórica

Luis Bonavita Fabregat
(Trinidad, 1895 – Montevideo, La Unión 1971). Contributions to His Historical
Bibliography

Luis Bonavita Fabregat
(Trinidad, 1895 – Montevideo, La Unión 1971). Contribuições para sua bibliografia
histórica

Augusto Soiza Larrosa¹

Resumen: aportes para la biografía de Luis Bonavita Fabregat, reconocido médico, escritor e historiador.

Palabras clave: Bonavita, biografía, historiador, escritor.

Abstract: contributions to the biography of Luis Bonavita Fabregat, renowned doctor, writer, and historian.

Keywords: Bonavita, biography, historian, writer.

Resumo: contribuições para a biografia de Luis Bonavita Fabregat, renomado médico, escritor e historiador.

Palavras-chave: Bonavita, biografia, historiador, escritor.

¹ Médico Miembro de Honor y expresidente de la SUHM.

Luis Bonavita y sus seudónimos

Luis Bonavita Fabregat fue cronista radial (Radio Ariel), periodista, historiador y escritor. También médico. Utilizó los seudónimos de Cambronne (por Pierre Cambronne, general francés de las guerras napoleónicas). Según Arturo Scarone, en su *Diccionario de Seudónimos del Uruguay* (Montevideo, 2.^a edición, 1942), fue el seudónimo que utilizó en su primera obra publicada, “Hombres y Pueblos – Motivos Históricos” (Monteverde y Cía., 1916), donde se lee “Luis Bonavita (Cambrone)”. Sigue diciendo Scarone sobre este seudónimo que en una revista (“Juventud”, en Montevideo, año I, n.º 3, 1923), Bonavita fue citado entre un grupo de “Médicos Nuevos” (se graduó en junio de 1923) acotando que “En su faz literaria Bonavita descolló como redactor de [las revistas] “El Aula”, “La Cruzada” y “Germinal”, colaboró activamente en diarios y revistas con el seudónimo “Cambronne”; publicó su libro “Hombres y Pueblos” y fue designado por el Consejo de Enseñanza Secundaria y Preparatoria Profesor de Historia Universal”. El seudónimo Cambronne habría sido utilizado entonces desde 1916.

Posteriormente adoptó el de *Monsieur Ferdinand Pontac* (por el personaje de una obra de teatro, “Pontac” escrita en Chile en 1922, según narra su nieta Agnés Bonavita). El citado bibliógrafo Scarone refiere que utilizó este seudónimo inicialmente en la revista “La Semana” y principalmente en el diario metropolitano “El Día”, donde también publicó como *Gastón*.

La tertulia de la Confitería La Liguria

Fue un hombre de tertulia de café, como se estilaba en su época. Los Dres. Augusto Turenne y Andrés Crovetto la integraron. Se reunían –con otros contertulios contemporáneos- en la *Confitería de La Liguria*, nombre del local que había sido primero de café y bebidas, en 1869 fundado por Pedro Riccardini y Francisco Guelfi en el barrio de La Unión, todavía con calles de tierra y cardales. Y que por 1915 fue refundada por la sociedad de Filippini y Scaltritti (luego Scaltritti y Facal). Allí – ostentando el rango de confitería – presidía la tertulia Luis Bonavita, habitué del local desde que tenía memoria, y que conocimos durante nuestro pasaje por el vecino Hospital Pasteur.

Cronista e historiador

Luis Bonavita fue el continuador de una larga tradición de cronistas del pasado nacional. Aquellos que recogieron en libros y folletos la prédica que habían dado a luz periódicamente en la prensa de su época. Y que comienzan con Isidoro de María (Montevideo, 1815-1906) con su *Montevideo Antiguo. Tradiciones y recuerdos*, iniciados según el libro que tengo a la vista en 1887 (Imprenta Elzeviriana, 168 p.) y proseguidos hasta un 4º tomo en los años 1888, 1890 y 1895. Seguido por Antonio Nereo Pereira (Montevideo, 1838-1906), amigo de De María, con su *Recuerdos de mi tiempo* (El Siglo Ilustrado, 1891, 482 p.) y *Cosas de antaño. Bocetos, perfiles y tradiciones interesantes de Montevideo* (El Siglo Ilustrado, 1893, 327 p.) con agregado de dos libros más de recuerdos en 1898 y 1899. Una mención merece Rómulo F. Rossi (Canelones, 1879-Montevideo, 1945) con sus *Recuerdos y crónicas de antaño*, que editaba en el periódico montevidiano “La Mañana” y recogió luego en cuatro folletos (Peña Hnos., 1922, 1924, 1928 y 1929).

Luis Bonavita fue autor de crónicas e historia novelada. Y con ese material logró fama. Una forma amena de recrear el pasado, pero sin el peso de la exhaustiva investigación erudita, crítica, basada en el material documental custodiado en archivos. Su más extensa colaboración fue en el suplemento dominical del periódico montevidiano *El Día*, conocido como “el suplemento sepia”, con más de 50 años de publicación continuada (1932-1985). El número y tema de las crónicas con el seudónimo “M[onsieur]. Ferdinand Pontac” no fue conocido hasta la aparición del “Índice general alfabético” del semanario por el bibliógrafo Luis Alberto Musso (Montevideo, Biblioteca Nacional, 1997). Registramos gracias al mismo 132 artículos, desde el primero publicado (“Joaquín Murat”, dedicado al rey de Nápoles y mariscal de Napoleón, 1767-1915) con fecha 9 de enero de 1938 hasta el último el 1º de marzo de 1964 (“La justicia en la Defensa de Montevideo”). Sus colaboraciones aparecieron también en otros periódicos y revistas, pero en menor número.

En sus crónicas deslizó licencias históricas para mejor sabor de estas. Inocentes agregados de fantasía que alientan cauteloso recelo en el investigador. En ocasión de una visita que hiciera la periodista Elizabeth Durand (seudónimo de la maestra y periodista Adela Barbita Alonso) a la madre de Bonavita, doña Josefa Fabregat con sus 92 años en su casa de La

Unión, la lúcida señora corrigió y reprendió por dos veces a su hijo Luis que estaba presente en la entrevista. Bonavita había dicho en sus audiciones radiales que el reformador José Pedro Varela besaba a cada maestra al momento de graduarse. Hecho por demás insólito en esa época. La madre (cuya hermana había sido maestra vareliana y bien lo sabía de primera mano) le reprendió: “¡No digas más eso! Varela era un caballero correctísimo y serio... El que abrazaba y besaba era Plácido Ellauri”. En la misma entrevista por segunda vez corrigió a su hijo que se había referido al rostro barbado de Varela para ocultar una herida, tal vez producto de juergas o riña de ambientes *non sanctos* y le espetó: “-¿Por qué mientes a sabiendas? No des más esa disparatada versión sobre la herida del rostro que obligó a Varela a usar barba cerrada...”. Y explicó que la herida se hubo producido en un accidente de caza, pero el charlista había preferido una explicación más novelesca (“Mundo Uruguayo”, Montevideo, n.º 1792, 27/08/1953, dedicado al barrio de La Unión).

Finalizado el ciclo de crónicas de Bonavita, tomó la posta en el suplemento dominical de “El Día”, mi coterráneo Aníbal Barrios Pintos (Minas, 1918-Montevideo, 2011) a quien dediqué mi emocionado recuerdo tras su fallecimiento (*Rev. Inst. Hist. Geogr. Uruguay*, XXXIV, p. 359-374, 2011). Éste registró en ese semanario más de 300 colaboraciones, comenzadas en la edición del 30 de enero de 1966 (“A 450 años de una fecha grande de nuestra historia”) y finalizada el 26 de diciembre de 1985 (“Límites cuestionados. La llamada Isla Brasileira-II”) cuando cesó la publicación. Un recuerdo también para otro cronista, esta vez médico como Bonavita, Rodolfo Tállice (Montevideo, 1899-1999) quien dijo “En cierta etapa de una larga existencia se puede sentir la necesidad imperiosa de evocar los recuerdos, y de estamparlos en el papel, recurriendo a las anotaciones viajeras y al auxilio de la memoria, en priapismo mental durante los deliciosos crepúsculos matutinos”. Lo escribió en su *Cuentos, confidencias, confesiones* (Montevideo, Arca, 1969), con prólogo de Francisco Espínola. Sus crónicas – no recogidas en libro - también aparecieron en una revista barrial, *El tranvía 35*, que al año 2021 lleva 29 de aparición continuada.

Fue sin embargo Bonavita, cuando se requería, un historiador académico y no un cronista y así fue reconocido por sus contemporáneos, que le cedieron el lugar que le correspondía. Tuvo muy destacada participación en ocasión de conmemorarse el centenario de la muerte

del general José Artigas – el prócer nacional - en 1950. Tal vez la movilización patriótica más importante de nuestra historia, no reiterada.

Así aconteció con el *Archivo Artigas* la incomparable obra editorial uruguaya. El 13 de junio de 1944 se había promulgado la ley n.º 10.491 que dispuso la compilación y publicación de toda la documentación original o en copia referente a la vida pública y privada del general José Artigas. Fue el *Archivo Artigas* proyecto del senador Dr. Gustavo Gallinal, que se inició en 1950 y que al año 2017 llevaba editados 38 tomos de documentos, la más ambiciosa obra editorial del país. El tomo 1º apareció en 1950 coincidiendo con los festejos, y en el 2º tomo de 1951, la Comisión Directiva del Archivo Artigas estaba en cabeza por Luis Bonavita. El prólogo del 4º tomo, año 1953, dedicado nada menos que a la explosión revolucionaria en la Banda Oriental de 1811, fue escrito por él. Se explayó allí sobre aquel tipo humano que formó parte de las huestes artiguistas, un individuo trashumante, huraño e inconformista de la pradera rioplatense, mezcla de indígena, español, portugués y criollo que fue identificado como gauderio desde el siglo XVI y finalmente gaucho precisamente en la Banda Oriental, donde está documentado con ese epónimo por vez primera en 1771. Escribió en ese prólogo – analizándolo desde el punto de vista social - que la revolución oriental fue hecha precisamente con ese personaje, de mala fama es verdad según los informes de todos los funcionarios coloniales, civiles y militares. Y atribuyó a esos informes haber sido utilizados por el historiador argentino Emilio Coni (se refiere a su clásica obra “El gaucho. Argentina – Brasil – Uruguay”, editada en Buenos Aires en 1943) para enjuiciarlo como “vagabundo campestre, ladrón, facineroso, asesino, robador de mujeres” y con hábitat preferente en la Banda Oriental “entre Colonia, Río Negro y Montevideo”. Bonavita ensayó una interpretación más razonable de ese tipo humano utilizando documentación no manejada por Emilio Coni, señalándolo entonces como un “autor moderno que dispuso de fuentes de información que debieron hacer variar sus opiniones”. Cargó sobre aquel autor la acusación de parcial, ya que no ignorante. La documentación referida por Bonavita aludía a un “Dictamen imparcial sobre los gauchos”, breve informe anónimo librado en Buenos Aires en 1818, y publicado por el historiador argentino Ricardo Caillet-Bois (Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras, Vº 29, 1926: 101-105, UBA) y que está reproducido en la importante obra de Madaline Wallis Nichols, “El gaucho” (Buenos Aires, Peuser, 1953,

página 223). Ese informe dice que “lejos de merecer los hombres de nuestros campos el general concepto de cobardes y desalmados, acaban de demostrar por haberles permitido la revolución que aflora en ellos, su verdadero carácter, que poseían cualidades y virtudes que no siempre era dado encontrar entre los civilizados”. Y enumera el anónimo informante entre ellas: “pasión por la libertad, ingenua alegría, inocentes caprichos que podía deberse al no sentir ningún temor al castigo de Dios, al que no se acercaban sino contadas veces, tanto que se bautizaban ya grandes y sólo oían misa <de casualidad y a caballo>” (sic). Embelesado con este revelador informe sobre el personaje de la pampa argentina –que contradice lo fundamental del coterráneo Coni- concluyó Bonavita, “de haberse escrito sobre el gaucho oriental, no podrían estas palabras ser observadas”. Y si bien no participó por entero de lo que se afirmaba en el informe sobre el gaucho, no dejó de señalar que el informante anónimo reconocía que “Si se contara con Artigas y tres o cuatro cabezas más, de las que tienen el mayor ascendiente sobre ellos [los gauchos] podrían hacer mucho bien a la causa”. Se colocó entonces Luis Bonavita en una postura equilibrada, sin cargar las tintas sobre la malicie del gaucho ni sobre la gallardía y mejor patriotismo del personaje representado por el escultor Luis Zorrilla de San Martín en la plaza montevideana llamada precisamente “del gaucho”. Y una acotación al margen sobre esa pieza monumental: ¡el gaucho calza bota de potro... pero estriba de campana!

También en el año 1953, a la vez que escribía sobre el gaucho y la “admirable alarma” de 1811, trató la leyenda negra del general José Artigas.

Era del caso que en 1950 al cumplirse el primer centenario de la muerte de José Artigas (así, sin el Gervasio que nunca usó como bien señala Eduardo Acevedo), el ministro de Instrucción Pública y Previsión Social, don Justino Zavala Muniz reconoció que “la obra literaria, histórica y científica, publicada en el siglo pasado por aquellos autores que ya podemos considerar como nuestros clásicos es, en el presente, totalmente desconocida por las nuevas generaciones, no por falta de inquietud ni porque esas obras dejen de seguir suscitando un vivo interés, sino simplemente porque son inhallables”. Efectivamente, inconseguibles eran aquellos pioneros trabajos sobre el indiano Artigas (un nacido en América hijo de españoles), pues de 1882 y publicado en Buenos Aires, era el libro escrito por el polemista Carlos María Ramírez (Rio Grande del Sur, 1848-Montevideo, 1898) con el título “Juicio crítico del <Bosquejo Histórico de la República Oriental del Uruguay> por

el Dr. D. Francisco A. Berra”. Tampoco disponible serán “El General Artigas y su época. Apuntes documentales para la historia oriental”, por Justo Maeso en sus tres tomos de 1885; ni el “Artigas. Estudio histórico. Documentos justificativos”, de Clemente L. Fregeiro, editado en Montevideo en 1886. Ni la edición primera del “Artigas. Debate entre <El Sudamérica> de Buenos Aires y <La Razón>, de Montevideo”, colección de artículos de refutación de Carlos María Ramírez, del año 1884. Ni que hablar de “Vida del Brigadier General D. José Gervasio Artigas fundador de la nacionalidad oriental”, de Isidoro de María, impreso en Gualeguaychú en 1860.

Así estaban las cosas cuando se promulgó la ley n.º 11.743 del 10 de agosto de 1950, por la cual se instrumentaron los honores a rendir a José Artigas. Quienes éramos escolares en aquella época guardamos imborrable recuerdo de los fastos, desfiles, obras de teatro, libros a 1 peso con la biografía de Artigas, escarapelas patrióticas, álbum de figuritas de chokolatines “Águila” dedicado a la gesta artiguista. Por el artículo 14º la ley fundó la publicación de una Biblioteca de Autores Clásicos Uruguayos bajo el nombre de “Biblioteca Artigas” administrada por una Comisión presidida por el ministro de educación pública. Colección que goza hoy afortunadamente, de espléndida salud.

El primer volumen de esa flamante colección” fue “Artigas” de Carlos María Ramírez que vio la luz en 1953 en su 4ª reedición (1ª edición, 1884; 2ª reedición, 1897 en tiraje popular a *cuarenta centésimos*; 3ª, 1915; hay una 5ª, Biblioteca Artigas, 1985). Era una colección de artículos de prensa recopilando el debate en que Ramírez refutó los ataques sobre José Artigas proferidos por el historiador Vicente Fidel López desde Buenos Aires. Para este primer volumen se designó como prologuista a Luis Bonavita.

A esta altura de su vida ya era un cronista e historiador de fuste y tenía la propecta edad de 58 años. Fue elegido prologuista seguramente por consejo del historiador Juan Pivel Devoto, integrante de la Comisión editora como director del Museo Histórico Nacional desde 1942. No era hombre de fácil talante don Juan Pivel, y además blanco de cintillo; tampoco lo era don Luis, colorado y batllista neto. El haberlo elegido para el prólogo del primer libro de la colección fue un reconocimiento a su prestigio como historiador. Y Bonavita le rindió un homenaje a Pivel al destacar (seguramente por ser la base de su estudio para la reedición) que era el autor de “la más completa visión de conjunto publicada – a esa fecha – sobre la leyenda negra” de la época y la personalidad de José Artigas.

Aludía a la serie de artículos que Pivel Devoto había publicado en el semanario montevideano “Marcha” entre junio de 1950 y febrero de 1951 bajo el título “De la leyenda negra al culto artiguista”. Cabe citar que esta serie recién vio la luz como libro en el 2004, años de fallecido su autor, con prólogo del Dr. Gonzalo Aguirre Ramírez y forma el volumen 171 de la Biblioteca Artigas. Bonavita usó pues la serie publicada en el semanario “Marcha”.

Como era de esperar, se afilió a la tesis defendida por Carlos María Ramírez en su “Artigas”, y consideró al autor “el primero que asestó en forma orgánica un golpe decisivo a la leyenda negra”.

Sin duda Bonavita, integrante de una generación de historiadores “nacionalistas” (por la patria, no por el cintillo partidario) que encabezara Eduardo Acevedo con su “Artigas. Alegato histórico” de 1910 y Pablo Blanco Acevedo con su “Informe de la fecha de celebración del Centenario de la Independencia” de 1922, y tuviera a su exponente máximo en Juan Pivel Devoto, década de los años 40s, participó de la tendencia historiográfica “oficial” de su época.

Dejamos para otra ocasión su obra sobre la Guerra Grande, el brigadier general Manuel Oribe y sus recuerdos del pueblo de La Unión.

Si opaco fue Luis Bonavita en su gestión médica – no obstante ser un médico de familia muy conocido y apreciado en su barrio de La Unión de Montevideo – brilló en su papel de cronista e historiador. Pues tuvo un rol primordial – además de sus crónicas periodísticas - al emplear la radio en un hecho sin precedentes para el conocimiento de la historia de su patria. Ejerció un magisterio que excedió los cincuenta años de continuada y amena divulgación.